

**PRESENTACIÓN SINTÉTICA DE LOS TEMAS IMPARTIDOS POR DOM PEDRO EDMUNDO GÓMEZ, OSB.**

• **“Lazarus speculum novitii”: Elementos para una teología monástica del noviciado**

A partir de la identificación entre Lázaro y el novicio en los *Sermones* de Bernardo de Claraval<sup>1</sup>, fue presentado el tema de las **heridas espirituales** y la necesidad de reconocerlas y aceptarlas para abrirse a la obra de la gracia ya desde las primeras etapas de la formación monástica. Se señaló la importancia de que los novicios no se identifiquen con sus heridas para favorecer el proceso de formación, porque ellas no afectan la idoneidad del candidato si son reconocidas y asumidas con madurez cristiana y humana, y si la comunidad es capaz de acompañar.

Se habló de los **criterios de discernimiento vocacional**, los cuales no pueden ser ni las aptitudes para la vida monástica ni las motivaciones manifiestas. El gran criterio de discernimiento se da en un proceso más largo y complejo, que exige una mirada teológica sobre el candidato para ayudarlo a descubrir la imagen de Cristo impresa en él: si es la imagen de Cristo-Hijo, el monasterio es su lugar.

Se subrayó la importancia de la **apertura de corazón**, para lo cual hay que generar la capacidad de que el novicio se abra y cuente. Con fe y confianza hacerse consciente de la herida, ya que en esa debilidad se esconde la gracia de Dios y un remedio a la soberbia, a la presunción y al egocentrismo.

En este proceso es fundamental un verdadero **conocimiento de sí**, que signifique “conocerme como Dios me conoce”. Y los medios para ello son la *lectio divina*, la liturgia y la apertura de corazón. Se ha de dar inicio a una amistad con Cristo caracterizada por la búsqueda interior, que implique el amor y la sensibilidad. Sólo así los novicios pueden abrirse a ser misericordiosos con los otros novicios y con otros miembros de la comunidad.

Entresacando de las conferencias de Dom Edmundo, podemos resumir los aspectos formativos que se desprenden de una lectura atenta de los Sermones de S. Bernardo, diciendo que el noviciado:

- ♦ Es tiempo de oración y de contemplar, dolorosa y apaciblemente, la propia debilidad.
- ♦ Es tiempo de “limpieza” interior, purificando la conciencia de las obras muertas.
- ♦ Es tiempo de adueñarse de su propia casa, de personalizarse, y a la vez, porque es un proceso conjunto, es tiempo de incorporarse en la familia monástica, adquirir el sentido de pertenencia y hacerse “co-responsable” de la comunidad.
- ♦ Es tiempo de lágrimas de compunción. De llorar su vida pasada, no por lo que ha perdido o dejado, sino por lo que había perdido —la semejanza divina— y sobretodo llorar de alegría por lo que ha recibido gratuitamente a modo de anticipo.
- ♦ Es tiempo de conocimiento de sí mismo, de aprender a mirarse: sinceramente con los propios ojos, objetivamente en los ojos de los demás, y lo que es más importante, misericordiosamente en los ojos de Dios, y a partir de este espejo, aprender a mirar tiernamente a los otros hermanos.
- ♦ Es tiempo de ser iniciado en la *conversatio*, que le proporcionará los medios-herramientas para conocerse y ser conocido.
- ♦ Es tiempo de una humilde apertura de corazón, la manifestación de la conciencia o el descubrimiento de las heridas al padre-anciano espiritual.
- ♦ Es tiempo de búsqueda y encuentro amistoso con el Señor. “Según la Regla de san Benito, el camino que conduce a Dios no es el de la razón, sino el de la búsqueda... En esa búsqueda participa toda nuestra humanidad, con su intelecto, pero no en menor medida con su amor y sensibilidad” (C. Scütz).
- ♦ Es tiempo de *conversio, compunctio et humilitas*.

En el *Sermón sobre la Asunción 4,3-4* se encuentra una descripción magistral de un proceso psicológico y espiritual en cuatro etapas: primer día, que es el del temor; segundo, el de los afanes del combate; tercero, el del dolor o la amargura del alma; y el cuarto, el de la vergüenza y la confusión. Y para acompañar este proceso en cuatro momentos, donde los actores principales son el Señor y el novicio. ¿Cuáles son las tareas a realizar desde fuera, los formadores (personas o comunidades)? A) quitar la losa y desatarlo, “pero continúe la disciplina. No una disciplina que deprima y aplaste, sino que vigorice y

---

<sup>1</sup> *Serm. sobre el Cantar de los Cantares 57,9-10; 84,7; Serm. sobre la Asunción 2,7-8; 3,4; 4,2-4; Serm. sobre la Epifanía 4,3.*

*fortaleza el alma fuerte y robusta*”, es decir: una observancia que lo haga libre, sólo obedeciendo somos responsables, es decir, somos libres; B) alimentarlo “*con la voluntad de Dios, cosa que antes desconocía*”; C) evitar que se corrompa más, porque “*se iba a disolver totalmente, porque donde entra la maldad entra también el desprecio*” y D) prepararlo para la escucha-obediencia de “*una voz fuerte, no tanto por su acento elevado cuanto por su extraordinaria misericordia y eficacia*”.

- ♦ El noviciado es tiempo de silencio y de escucha, es tiempo de iniciarse en la *lectio divina para escuchar la voz del Padre*.

¿Y cuál debe ser la colaboración del novicio? “Co-labor-acción”, porque la obra es de la gracia, que crea las condiciones-posibilidades que el novicio debe aprovechar. Hallamos la respuesta en *Sermón sobre la Epifanía 4,3*: En toda alma, la casa de Betania, encontramos tres “*energías*”: Marta, la razón, que escucha, pero que es impotente por su soledad; Lázaro, la voluntad, que está muerta, “*intoxicada por el veneno del deleite mundano*”, y María, la sensualidad (afectividad), que se encuentra enferma. La llamada gratuita de la gracia desencadena el proceso de reunión de las “*tres realidades en nombre del Señor*”, que es un proceso de “reordenación”: 1) la sensualidad es ordenada, “*sometida*” por la voluntad; 2) la voluntad es ordenada, “*regida*” por la razón y 3) la razón es ordenada, “*esclarecida*” por la gracia.

- ♦ El noviciado es tiempo de aprender a gustar, de educar el deseo (ortopatía), de comprometerse en el trabajo de resucitar la voluntad y transfigurar el apetito para restablecer el orden y la paz.

### • **Conversión, predestinación/libre albedrío y curación del monje-formando en los Sermones Cuaresmales de Isaac de la Estrella**

En el sermón 33 se presenta la **conversión** como “salir” para encontrarse con Jesús a mitad de camino: Él sale del Padre por la encarnación para venir a nuestro encuentro y nosotros salimos, movidos por la gracia, de nuestra voluntad de pecar. La voluntad quiere el bien pero la libertad está enferma. Esta impotencia para obrar el bien nos abre a la acción de la gracia, y ésta posibilita la conversión. **La realidad de la conversión es un proceso largo de purificación y sanación de la voluntad para sanar la libertad.** Esta incapacidad nos mueve a la oración pidiendo ser librados de la poca fuerza y de la gran dificultad; la comunidad formadora intercede para que el Señor atienda la oración.

Los sermones 34 a 37 esclarecen el vínculo entre **predestinación y libre albedrío**: cómo conectar los planes eternos de Dios y su realización en la historia, el tiempo y las personas.

En la comunidad monástica, Iglesia-Cuerpo de Cristo, hay una diversidad y una complementariedad que está prevista por Dios. Él cuenta con nuestra colaboración en la obra formadora. La predestinación no quita la libertad, debemos ser conscientes de la predestinación y respetuosos de la libertad, tanto de la nuestra como de la del candidato. Hay que enseñar a ejercitar la libertad en la obediencia. (S. 34)

La figura de Cristo Pastor que sale en busca de la oveja perdida, nos recuerda que como formadores debemos ayudar a superar las dificultades que el temor genera para una verdadera apertura de corazón. Ayudar a los formandos a que entren en una relación de amistad con Jesús, a entrar en el Misterio para leer la propia vida como *lectio divina*. Esto posibilita la obra de Cristo, que con su gracia ilumina y fortalece la naturaleza: la libertad natural y la voluntad racional. (S. 35)

Para Dios es claro lo que es bueno y lo que es malo, pero para nosotros no es tan claro y menos aún lo es para los nuevos candidatos. La bondad de las cosas está en el querer de Dios, lo que a Él le agrada, y esto nos plantea dos desafíos: el discernimiento, para conocer cuál es la voluntad del Padre y la dificultad, porque una vez conocida no es fácil cumplirla. La oración posibilita sintonizar el corazón con la voluntad de Dios, lo cual exige crecer en la confianza: obedezco porque confío en que Él quiere mi bien. Hay que enseñar a discernir la voluntad de Dios en lo concreto para ayudarles a crecer en libertad. (S.36)

El tiempo cambia las categorías de bien y de mal, porque no podemos saber lo que es bueno y lo que es malo hasta que no llega el tiempo oportuno. La fe y el deseo parece que anticipan el tiempo, pero esto ya estaba previsto en la predestinación eterna. La grandeza de la fe, bajo cuatro aspectos, nos da una clave para formar en la fe y saber esperar en la confianza. La gratitud y diversidad de los dones de Dios mueven a la humildad y a un justo conocimiento de sí. (S. 37)

## • Curación de las enfermedades espirituales

El tema se presentó teniendo como referencia principal el sermón 38, ilustrado con numerosos párrafos de otros sermones de Isaac. Los **actores de la terapia-lucha son Jesús, Satanás y el monje**. Dos errores fatales: luchar contra la propia carne o pensar que los actores son sólo dos (Satán y el monje). Otro engaño sutil del adversario es hacer que confundamos al Señor con el enemigo (ver S. Bernardo, SCant 85,1). Identificar al “demonio familiar” no es fácil, porque percibimos los síntomas, los actos concretos, pero no las mociones profundas que nos llevan a esos actos.

**Jesús** se presenta como **Doctor** (recuerda y enseña) y como **Médico** (sana y salva), también como **Atleta y Defensor** (S. 30,12). Hay que notar que el Señor no siempre sana, a veces “somete” nuestro demonio enseñándonos a convivir con nuestras enfermedades, porque Él sabe que así nos conviene.

**Adversario** es “todo movimiento que nos invita a caer” (S. 32,20). Como Satanás no puede atacar a Dios directamente ataca aquello que Dios ama: al hombre, a través de sus deseos y pensamientos. Busca romper el equilibrio entre naturaleza y gracia, entre acción y contemplación.

El **monje-paciente** sufre la “*infirmas*”, estado de debilidad constitutivo del ser humano. Hay que descubrir la “*infirmas*” propia en cada etapa y momento de la historia personal, porque es esto lo que vino a sanar la gracia de Dios. Si la desconocemos rechazamos la ayuda (S. 11,1-2).

Para no luchar con falsos enemigos es necesario **el discernimiento espiritual y la observación atenta**, que permiten reconocer todo lo que nace en nosotros: pensamientos, sentimientos, deseos, voluntades, insinuaciones, delectaciones (S. 29,13). Tenemos que ofrecer al formando un lenguaje para que pueda expresar su interioridad, y enseñarle a distinguir cada cosa. Orientar la *lectio* divina, la liturgia y las relaciones fraternas hacia el autoconocimiento para que conozca su identidad verdadera, la de ser hijo de Dios. Enseñarle a objetivar su conducta y desentificarse de ella para ir de los actos-vicios a los pensamientos insinuados por el enemigo. La propia lucha se inserta en la de Cristo.

En el S. 6,4-8 se mencionan las siete “*corrupciones generales o originales*” que son las “*raíces amargas*” donde anidan los demonios.

Al final de esta exposición quedó planteada la pregunta: ¿Esta dimensión terapéutica es consciente en nosotros y en mi comunidad?

Para ejemplificar el tema se analizó el caso de Isaac expuesto en el S. 38,8 ss.: el demonio mudo. Éste, sugiriendo palabras que despiertan la fantasía y los sentimientos, desordena una facultad del monje, en este caso: el uso racional de la palabra. ¿Cómo prevenirnos? Ante todo: **vigilancia**. Luchar contra las representaciones y motivaciones que el demonio despierta. El combate requiere método y paciencia, la observancia de la vida monástica y la vigilancia en todos los órdenes (interior y exterior). La terapia espiritual es **obra de la gracia, que sana la concupiscencia obrando en la naturaleza**, para lo cual es necesaria nuestra cooperación. La acción de la gracia se recibe principalmente en **la oración y la salmodia**. También se requiere una **ascesis terapéutica** que nos identifique interiormente con Cristo, aprendida de su Palabra y de su Virtud.

## • Salmo 130: “Sicut ablactatum super matrem suam...”: Orientaciones y herramientas para la construcción de la concordia con los deseos en algunos autores monásticos medievales

El tema fue presentado analizando el *Salmo* 130, siguiendo con detalle su marco bíblico y antropológico, y su recepción en la tradición patrística y monástica. A modo de conclusión se puede decir que **la humildad es la virtud educadora del deseo**, porque renuncia al mal deseo y protege el deseo santo de la voluntad de Dios. **La concordia de los deseos está fundada en la confesión de humildad y la confianza filial** con un fuerte arraigo cristológico-eclesial, en el trabajo fatigoso de responsabilidad personal y de la gracia divina, orientados hacia la caridad por una pedagogía de la libertad.

## • ¿Cómo sostener los deseos según Bernardo de Claraval?

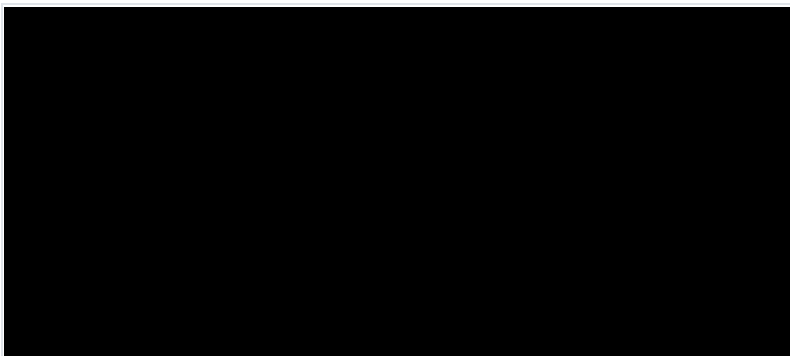
Para la construcción de la concordia con los deseos se ofrecieron diez herramientas entresacadas de las obras de San Bernardo:


1. Nuestros deseos vienen de Dios y se dirigen a Dios, y también hallan misericordia a los ojos de Dios que quiere reorientarlos (cf. SCant 59,6). Mirar la dinámica de los deseos a la luz de Dios, son caminos para nuestra santidad.

2. Cuánto más natural es el deseo, más ocupa el corazón del hombre, arrojando fuera del mismo cualquier otro deseo (cf. Conv XIV, 27, 1.). Entonces hay que trabajar sobre los deseos naturales, no los artificiales que genera nuestra cultura o el mal espíritu.
3. Los tres puntos a donde se dirigen nuestros deseos: la permisividad, la conveniencia y el placer. Esto es lo que deseamos y nos da mayor satisfacción. Pero sólo encontramos respuesta a estos tres deseos si los ordenamos hacia Dios: gloria suprema, conveniencia soberana, deleite culminante (cf. VigNav 5,7).
4. Gustar y saborear las cosas de arriba. Buscarlas por la inteligencia de la fe y el juicio de la razón. Pero no todos saboreamos esas realidades en el mismo grado, porque nos apegamos más a las cosas temporales y mundanas (cf. Asc 6,8). Es necesaria una purificación del paladar espiritual.
5. Correr con los deseos y la práctica de las virtudes. El que camina avanza... (cf. VigNav 6,8). Hoy estamos más preocupados por el resultado que por el proceso. La finalidad –la vida eterna, el cielo– nos tiene que ayudar a “correr”. Es necesario aumentar la dinámica del deseo.
6. Ejercitar la voluntad, controlar la carne, dirigir la razón. Son energías del alma, inservibles si la gracia no las ordena. Si irrumpe la gracia, la razón se agudiza en sus juicios, la voluntad se rectifica en sus deseos y la sensualidad se modera en su satisfacción. Pero el diablo perturba las tres (cf. Epf 4,2). Las tres se ordenan o se perturban juntamente.
7. Concupiscencia de la carne, gloria terrena, pecados pasados. El alma es un campo donde se cruzan los más diversos deseos y soy incapaz de dominarlos. El único remedio es la oración (cf. TSS 1,13). Lo primero es la oración, transfigurar los deseos por la oración.
8. La ley de la caridad es buena y dulce, agradable y ligera. La caridad perfecciona la ley del siervo inspirándole devoción y la del mercenario ordenando sus deseos (cf. Carta 11,7). Lo central es la caridad, tenemos que pedir un corazón dilatado porque la caridad ordena los deseos. Cuando me anticipo a satisfacer los deseos de los demás, entonces mi propio deseo empieza a ser satisfecho.
9. El alma busca al Verbo para que la corrija, la ilumine, la sostenga, la reforme... Busca al Verbo para que te ayude a “ponerte de acuerdo con tu adversario”. Él es ese enemigo que nos hace la guerra contra nuestros deseos carnales. Ordenar los deseos por el paso del temor al amor. Para eso hay que dejar que el Verbo nos muestre su verdadero rostro, y no el rostro que nosotros experimentamos desde nuestras heridas. Hay que buscar, enamorarse del Verbo para poder empezar a cambiar (cf. SCant 85,1).
10. La misericordia de Jesús es un lugar de refugio. “Bajo sus alas” podemos hacer el proceso de curación y concordia de nuestros deseos (cf. SVM 2,6).

*hna. María José, SRF.*  
Hinojo, 8 de diciembre de 2018

Apuntes completos del curso en  
[Pedro Edmundo Gómez, OSB - Academia.edu](http://PedroEdmundoGomez.OSB-Academia.edu)





**Pedro Edmundo Gómez, OSB - Academia.edu**  
Academia.edu is a place to share and follow research.